

Zeruratze eguna (bezperak)

Homilia, 14.08.2026

Apaiz lagunok, hiriko agintari, bisitari, eliztar eta fededun maite guztiok:

Izugarrizko poza da gaur Tenplu handi hau gainezka ikustea. Mariaren gaurko jaiaren inguruan, Donostiar eta kanpotik etorritako asko bildu gara Mariaren omenez. Meza ondoren, Salbea entzun eta kantatuko dugu, pozez eta emozioz beterik. Salbe-mezatara etortzearekin ez dugu batez ere antzinako ohitura bat betetzen, baizik eta gure sinesmena aitortzen eta ospatzen dugu.

Gaurko jaieguna benetan ederra eta pozgarria da donostiarrentzat. Horregatik, bihotz-bihotzez opa dizuet poz handiz eta alaitasun biziz igaro dezazuela gaurko jaia eta gure Aste Nagusiaren geratzen diren egunak.

La Iglesia nos invita esta tarde a alzar la mirada, como nos invitaba el Papa León en su reciente Viaje Apostólico. La Asunción de María es precisamente eso: una invitación a mirar hacia arriba, hacia el horizonte último de nuestra vida, hacia la plenitud que Dios ha preparado para sus hijos.

Hace apenas dos días vivimos un acontecimiento especial que muchos guardarán en su memoria. Une batez, eguzkia ilundu egin zen. Un eclipse total, el primero visible aquí desde hace más de un siglo, nos hizo levantar los ojos al cielo. Liluratuta gelditu ginen. La luz pareció retirarse y la oscuridad ocupó su lugar. Pero aquella oscuridad tenía un tiempo límite. Eguzkia hor zegoen, izkutatuta. La luz no había desaparecido para siempre: estaba oculta, pero volvería a imponerse definitivamente.

Quizá esa imagen pueda ayudarnos a entrar hoy en la Palabra de Dios. Porque también en la vida hay eclipses: la enfermedad, la muerte, la violencia, la soledad, las guerras, las injusticias, la pobreza, la incertidumbre. También nuestras propias vidas conocen sombras; cada uno conoce esas noches que quizá nadie ve o llevamos silenciosamente en el corazón.

Jainkoaren Hitzak ez du ukatzen dagoen iluntasuna. La primera lectura del Apocalipsis es incluso dramática: aparece una mujer vestida de sol y, frente a ella, un enorme dragón dispuesto a destruir el plan de Dios y acabar con el Cordero. Gure historia zeharkatzen duen borrokaren irudia da. El mal existe, hiere, destruye, intimida, provoca desasosiego. Pero el mensaje del Apocalipsis no invita al temor, sino a todo lo contrario. Es un mensaje de victoria: «Ahora se ha establecido la salvación y el poder y el reinado de nuestro Dios». Dragoiak ez dauka azken hitza,

Jainkoak baizik. El mal, para los que creemos en Dios es tan solo como un eclipse. La última palabra en la historia pertenece al Padre Dios.

Esta es una convicción profundamente cristiana que necesitamos recuperar: el mal, aunque a veces pueda parecer ser fuerte, nunca es definitivo. No dejemos nunca de creer en ello, por oscuras que parezcan a veces las cosas. La oscuridad puede ocultar la luz, pero no puede apagarla. El pecado y el mal pueden herir la historia, pero no pueden frustrar el proyecto de Dios. La victoria es del Cordero. Kristok, hil eta berpizturik, irabazi egin du. Y esa victoria, aunque todavía no la veamos en su plenitud, ya está actuando en medio de nosotros. Por eso la fiesta de la Asunción nos invita a alzar la mirada, pero no nos aleja de la tierra. Saber hacia dónde vamos cambia la manera de vivir aquí. La esperanza cristiana no es evasión ni resignación: transforma el hoy. Cada gesto de amor y de bondad tiene un valor eterno; cada esfuerzo por la paz y la concordia merece la pena; cada acto de perdón abre futuro; cuando servimos a los más débiles, anticipamos el Reino.

Mariak horrela ulertu zuen. El Evangelio no nos la presenta mirando al cielo pasivamente. Ebanjelioak honela aurkezten digu Maria: altxatu, eta arin-arin joan zen bere lehengusinarengana. La mujer que hoy vemos elevada al cielo es antes la mujer que camina por la tierra para ayudar y servir, haciéndose cargo con responsabilidad de la atención a su prima: piensa, planifica y se pone rápido en camino con decisión, haciendo lo que tiene que hacer en ese momento. Así va a casa de Isabel, la acompaña, la ayuda eficazmente y comparte su alegría. María vive con el corazón en Dios, pero con los pies en el suelo. Cuanto más orientada está nuestra vida hacia Él, más responsables hemos de sentirnos en la búsqueda de soluciones que permitan encontrar condiciones de vida verdaderamente dignas a quienes nos necesitan.

Estamos en días de fiestas y celebración, para encontrarnos, disfrutar y agradecer esta Donostia que, entre aciertos y errores, entre todos construimos. Pero precisamente porque queremos a nuestra ciudad, la soñamos mejor y deseamos que en ella haya sitio para todos, que sepamos escucharnos aun pensando distinto, que protejamos siempre la convivencia, comenzando con nuestras palabras más amables, reduciendo nuestra agresividad, sin dejar de cuidar con responsabilidad, con exigencia y con los recursos necesarios a quienes más lo necesitan.

Permitidme hoy una palabra de reconocimiento a quienes representáis a nuestras instituciones públicas. Más allá de vuestra propia fe, vuestra presencia aquí hoy en esta celebración es un signo de vuestro compromiso por querer acompañar a todos los donostiarras, también a los creyentes, que son muchísimos en la ciudad. A la vez, visibiliza vuestro compromiso por el bien común. Gobernar una ciudad tan

plural y tan viva como la nuestra nunca es sencillo. Pedimos hoy a Santa María que os consiga de Jesús sabiduría, espíritu de concordia, capacidad de escucha y fortaleza ante las dificultades, el desánimo y el desgaste que la labor por el bien común siempre conlleva. La comunidad cristiana queremos contribuir y colaborar lealmente, junto con todos, en la construcción de una Donostia más humana, justa y fraterna.

Hay algo muy hermoso en esta celebración: en unos momentos nuestra voz se unirá al canto. El Orfeón Donostiarra interpretará la tradicional Salve, parte de la memoria de San Sebastián. Después, su director mirará al pueblo y nos invitará a cantar juntos. Es una hermosa imagen de lo que estamos llamados a ser. No queremos ser meros espectadores de la fe, de la vida ni de nuestra ciudad. Queremos ser protagonistas.

El Papa León decía en Madrid a los jóvenes: «el Señor conoce vuestra voz. Os ama y os invita a transformar la historia desde el amor». Así, todos estamos invitados a poner también nuestra voz: distinta, pero capaz de entrar en una misma armonía. La belleza del canto del Orfeón surge cuando cada uno escucha a los demás y, ocupando ordenadamente su propio lugar (el director el suyo, los tenores el suyo, las sopranos y todas las demás voces el suyo), cantan con confianza y se ponen todas las voces y los dones de cada cual al servicio de una belleza mayor. También una ciudad se construye así. Con confianza y armonía. También la Iglesia.

Cuando cantemos «Salve, Regina», haremos algo más que mantener una hermosa tradición. Volveremos la mirada hacia nuestra Madre María, hacia aquella que ya ha llegado donde esperamos llegar: la mujer vestida de sol, signo de la victoria de Dios sobre el mal y sobre la muerte. María nos recuerda hoy que ninguna noche es eterna y que ninguna tumba puede eclipsar el amor de Dios.

Que Santa María mire hoy con cariño a esta ciudad. Que proteja a nuestras familias, a nuestros niños y jóvenes, a nuestros mayores, a los enfermos, a quienes trabajan estos días, al Orfeón Donostiarra que año tras año nos ayuda a elevar el espíritu y a vivir momentos así de emocionantes. Que proteja también a quienes han trabajado tanto para que todos podamos disfrutar de las fiestas, a quienes nos visitan y, de un modo especial, a quienes atraviesan horas más oscuras.

Ama Birjinaren Zeruratzea ospatzean, zerura begiratzen dugu eta gure begirada pixka bat altxatzen dugu, gauzak hobeto ikusteko. Jarrai dezatela festek errespetu, neurri, alaitasun, elkartasun eta maitasun giro ederrean! Hala bedi! ¡Que así sea!

Fernando Prado Ayuso (Donostiako Gotzaina / Obispo de San Sebastián)